

# LA IDEA

SEMANARIO REPUBLICANO  
SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Dirección y Administración:  
Sixto Ramón Parro (Tripería), 27, teléf. 133

Toda la correspondencia se dirigirá á la Administración.  
Los originales que se remitan estarán firmados y no se devolverán.

Precios de subscripción.

En Toledo, un trimestre . . . . . 0,75 peseta.  
Provincias, íd. . . . . 1,00 »  
Número suelto . . . . . 0,05 »  
Anuncios y comunicados á precios convencionales.  
Pago adelantado.

## Casino de Unión Republicana.

Hoy 7, á las nueve de la noche, tendrá lugar la inauguración del nuevo local, Sixto Ramón Parro (antes Tripería), 17, á cuyo fin lo hacemos presente por medio de nuestro periódico á todos nuestros consocios y correligionarios.

La Junta directiva.

## SOLEMNIDADES ACADÉMICAS

Seguramente, cuando nuestro ilustre compatriota Luis Vives escribió su libro *De causis corruptorum artium* no pensaría que los males de nuestra enseñanza iban á aumentar hasta el extremo á que actualmente han llegado.

¿Qué nos queda ya del espíritu de nuestras antiguas Universidades más que la fórmula vacía y la vana discusión escolástica que, con razón, censuraba el inmortal escritor valenciano cuyos consejos tanto ha aprovechado Inglaterra para el adelanto de su cultura?

Hace pocos días un diario de Madrid insertaba, entre una serie de noticias taurinas, otras referentes á la celebración de la apertura del Curso en algunas Universidades. Confundidas estaban allí la descripción de los pases de muleta de Conejito con la del conflicto surgido entre el Rector de una Universidad y un Catedrático, por si éste debía ó no presentarse ante el público luciendo la muceta de doctor. Y estos pases de muceta y el discurso en que D. Juan Manuel Orti y Lara se ha esforzado por demostrar que la ciencia y la fe son compatibles, han constituido las notas dominantes en la inauguración del Curso de nuestros Centros de enseñanza. ¿Cabe un predominio mayor de la vana discusión escolástica y de la fórmula vacía de sentido?

Lo peor de todo es que después de esta lánguida fiesta en que nuestra vieja Universidad oculta sus arrugas bajo vestiduras de simbólicos colorines, vendrán horas aún más lánguidas en que una juventud inerte escuchará resignada la monótona canturía con que un togado maestro va exponiendo una ciencia muerta, sin conexión con los problemas de la vida presente. Vendrán las vigiliadas de los estudiantes pugnando por grabar en la memoria las preguntas y respuestas de indigestos manuales, mediante un trabajo servil, destructor de toda iniciativa mental. Vendrá la lucha por figurar en el cuadro de honor, por ocupar el primer puesto, por alcanzar la primer nota y, amparado por un régimen vicioso, triunfará el necio orgullo sobre el noble deseo de indagar la verdad; y, en último término, cuando el maestro deje de serlo para convertirse en juez, brotarán á los ojos las lágrimas de la envidia y saldrán á la cara los colores encendidos por la cólera; maestros y discípulos se separarán sin una palabra de amor, y aquellos jóvenes, dignos de mejor suerte, procurarán olvidar cuanto antes el farrago aprendido de nombres, fechas y razonamientos insustanciales, pero conservarán durante toda su vida el penoso recuerdo de haber pasado lo

mejor de su existencia rebuscando la verdad, sin encontrarla, en un cementerio de ideas.

¿Por qué se empieza el Curso con una fiesta? ¿Es posible entrar con alegría en esas oficinas de títulos profesionales que se llaman Universidades españolas?

Celebren nuestros estudiantes (si les queda espíritu para ello), el día en que hayan obtenido su título de licenciado ó de doctor. Entonces es cuando pueden empezar su educación intelectual, libres del tormento de esa máquina complicada de exámenes, en la cual no puede competir con nosotros más que un pueblo desgraciado, cuyo olor á cadáver descompuesto transcende ya por todo el mundo.

Mientras no entren por las puertas de la Universidad torrentes de vida moderna; mientras conserve su organización medioeval, y en vez de ser un laboratorio de nuevos ideales sea el refugio de la tradición y de la rutina, las togas, las mucetas y los birretes serán otros tantos chirimbolos irrisorios, y las fiestas académicas tendrán un dejo triste, hondamente triste, como la mueca de la risa en la boca de un moribundo.

Pero consolémonos de todas estas amargas reflexiones, pensando que tenemos un Ministro de Fomento tan amante de la enseñanza que no piensa suprimir ningún Instituto, porque estos Establecimientos ingresan en las arcas del Tesoro una cantidad respetable de pesetas. Es decir, que el Sr. Marqués de Pidal aplica á la defensa de los Institutos de Segunda Enseñanza el mismo argumento con que se defiende el mantenimiento del vicio nacional de la lotería.

Consolémonos también pensando que el General Azcárraga proyecta artillar perfectamente nuestras costas, sin duda para que podamos figurar dignamente en esa magna coalición europea contra Inglaterra.

Y el día en que, por el camino que vamos, se realicen esos ensueños de imaginaciones enfermas, ¡qué hermosa página habríamos escrito en la historia del mundo!: el triunfo de la ignorancia.

Más valiera que esos piadosos Generales que van sucediéndose en el Ministerio de la Guerra recordasen los consejos de San Bernardo: «Mejor que conquistar á Jerusalén, es vencer nuestras inclinaciones pecaminosas.»

LAMBERT.

## INGLESES Y BOERS

Una vez más, á fines del siglo XIX, y á raíz de la Conferencia Internacional, donde en beneficio de la paz se han dilucidado cuestiones de derecho entre los pueblos civilizados, Inglaterra se apresta á ejecutar el acto de fuerza más repulsivo y antipático de cuantos ha llevado á cabo en la última mitad del siglo que termina.

Luengos años há, unos honrados emigrantes holandeses llegaron á las costas del Sur de África, y luchando con todas las dificultades del clima, con las fieras y los salvajes africanos, echaron los cimientos de una civilización vigorosa que hoy empezaba á dar sus frutos y á servir la causa del humano progreso.

Los boers forman hoy un pueblo de trabajadores que, por su inteligencia y laboriosidad, más todavía que por la guerra y la conquista, habían levantado en aquellas apartadas regiones un altar á la civilización y un himno al trabajo. Sus esfuerzos habían sido coronados por el éxito; su producción agrícola había alcanzado propor-

ciones verdaderamente notables, y sus yacimientos y minas de oro, facilitado al mundo las dos terceras partes del consumo de este precioso metal. Así es que, en estos últimos años, su riqueza había aumentado de una manera considerable, y en sus relaciones con los Estados vecinos, desplegado un verdadero lujo de ferrocarriles y vías de comunicación de todas especies, indispensables á un pueblo verdaderamente productor y á una población creciente donde las razas indígenas, incluso la negra, sin duda alguna la más numerosa, habían elevado su nivel intelectual y moral, respondiendo á los humanitarios fines de sus honrados dominadores.

Estaba reservado á Inglaterra romper con aquella civilización y aquel progreso que representaba el esfuerzo genial de una raza verdaderamente superior, y en 1876, con razones hipócritas, aunque siempre exteriorizando los fines ambiciosos que en la lucha por la existencia son más propios de las especies inferiores, realizan un convenio, en virtud del cual la República del Transvaal reconocía la soberanía de Inglaterra. Los boers, sin embargo, con ese instinto peculiar de su raza, pudieron apercibirse de las intenciones de aquella y comprendieron que, poco á poco, serían suprimidos y exterminados en detalle, como los pieles rojas de la América del Norte. En 1881 se levantaron valientemente contra la dominación inglesa, y en la lucha, después de sufrir Inglaterra repetidas derrotas y la pérdida de Colley, uno de sus más esforzados generales, obtuvieron los colonos del Transvaal el reconocimiento de su independencia, á la cual atentó de nuevo, no hace muchos años, el Dr. Jameson, tratando en su fracasada expedición contra los boers, de apoderarse por sorpresa de la capital de la República.

No son, sin embargo, los anglo-sajones raza de ideales levantados, ciertamente patrimonio de los pueblos que han llegado al término de su evolución moral.

La armonía de sus peculiares intereses con los de otras razas civilizadas de Europa y el respeto al derecho de los pueblos pequeños, siquiera sean cultos y felices, no entra en sus miras estrechas y egoístas.

M. Chamberlain proclamando *urbis et orbi* que en la lucha por la existencia los pueblos débiles deben sucumbir absorbidos por los fuertes, ha lanzado á la humanidad la acusación del más grosero materialismo que en estos tiempos puede concebirse.

Inglaterra, que hipócritamente aceptó algunas cláusulas de la Conferencia de La Haya, ha roto en esta ocasión con el fin social que en la historia han cumplido todos los pueblos verdaderamente superiores; éstos han llevado una civilización, una idea, un principio humano á los pueblos conquistados, dejando en ellos su espíritu y el germen del progreso moral y material; los ingleses no llevarán á las civilizadas colonias del África del Sur más que sus garras para hacer presa y su espíritu mercantil necesario para acaparar el oro que asegure la existencia de su nacionalidad y les dé la supremacía material sobre las otras razas europeas.

Prentendiendo dar la razón á su gran naturalista Darwin en sus teorías de la selección y de la lucha por la existencia, han renunciado á formar el último eslabón de la cadena zoológica que asignaba un puesto preferente al ser humano en el orden moral y de las ideas abstractas. Empleando la fuerza contra el derecho, han renunciado también al concepto que de su raza tenían formado muchos hombres de inteligencia en Europa, y evolucionado en un sentido regresivo hacia las especies inferiores, dejando de ser monos perfeccionados para convertirse resueltamente en monos.